

FRANCIA SOCIALISTA, ¿POR QUE?

POR

REGINE SORIN

El gran publicista católico Louis Veuillot escribía hace más de un siglo: «El mundo será socialista o será cristiano, pero nunca será liberal (1). Si el liberalismo no sucumbe ante el catolicismo, que es su negación, sucumbirá ante el socialismo, que es su consecuencia».

Lo que una mente tan clarividente como la de L. Veuillot había discernido con un siglo de anticipación parece que no lo han percibido los analistas políticos, que discuten docta e incansablemente sobre los méritos o deméritos de los partidos políticos supuestamente opuestos, sin apercibirse de que todos participan, poco o mucho, de la misma ideología. Estos presuntuosos maestros del pensamiento vaticinan en las nubes, inundan los periódicos con su prosa inspirada, arrastran a la confusión a la gente sencilla, pero, a fin de cuentas, no ven más allá de sus narices.

Porque hoy se puede decir, en efecto, que toda Europa y una gran parte del mundo son, en esencia, socialistas. Al este es el socialismo marxista-leninista el que impone su ley de bronce; al oeste es el socialismo con etiquetas diversas y que, inspirándose en el libro *Emile*, de J. J. Rousseau, se ha hecho el amo en el arte de domesticar los pueblos, dejándoles la ilusión de la libertad.

Vienen estas reflexiones a la mente ante la sorpresa, la per-

(1) Se trata naturalmente de la ideología liberal condenada formalmente por la Iglesia, que no debe confundirse con el liberalismo económico.

plejidad y la estupefacción mostradas por los comentaristas extranjeros al anunciarse la victoria de los socialistas en Francia el 10 de mayo de 1981. La misma prensa francesa es la que marcó la pauta, y la dócil prensa extranjera la siguió. Es muy normal.

Había que estar realmente ciego para sorprenderse por un acontecimiento tan previsible a los ojos de quienes no juegan a las Casandras en la gran prensa escrita o hablada, cuyas voces son ahogadas en los periódicos llamados «de derecha», sin hablar de la radio y de la televisión, coto cerrado del régimen, ni de la izquierda pensante.

Lo que prueba, una vez más, que la gran prensa francesa cumple mal su función, que es simplemente informar honestamente a sus lectores en lugar de contarles tonterías. Si esta prensa hubiera explicado claramente a lo largo de los años las sinuosidades de los diversos gobiernos, desde 1945, *que todos*, cualquiera que fuese el partido político en el poder, habían tratado a la URSS como *aliado privilegiado* y favorecido la actuación de los comunistas a costa de los nacionalistas, la opinión pública no hubiera sido tan groseramente engañada. Si esta prensa tan servil con respecto a cualquier poder, hubiera presentado pruebas del doble juego del presidente Giscard d'Estaing, que no ha cesado durante sus siete años de mandato de hacer concesiones a la izquierda, acudir a Moscú pasando por Belgrado, Bucarest o Varsovia, cortejar a Brejnez, quedarse pasmado ante Mao-Tse-Tung y reservar su desprecio a la verdadera derecha, se habrían sorprendido menos sin duda del éxito de Mitterrand y de su partido. Volveremos luego con detalles más precisos sobre la manera muy particular con la que Giscard llevó a cabo su «política de derecha».

* * *

Desde septiembre de 1945 ocurre en Francia un extraño fenómeno que se oculta cuidadosamente al *vulgum pecus* y que es éste: el país está dividido en dos categorías de franceses. Los que son de izquierdas o gaullistas y que tienen prácticamente

todos los derechos y los que no son de izquierda o son de derecha y que no tienen ninguno. A no ser el de callarse.

Las persecuciones, demandas judiciales, condenas, confiscaciones de bienes, prisiones arbitrarias, ejecuciones capitales, se reservaron sólo a los buenos franceses que, para su desgracia, no profesaban ideas de izquierda. Durante este tiempo los agentes de Moscú traicionan a su país con toda impunidad durante la guerra de Indochina y la de Argelia sin que jamás fueran inquietados. Los periódicos y revistas como *Le Monde*, *La Croix*, *L'Express* o *Nouvel Observateur* no cesaban de ensalzar a los comunistas aliados de los enemigos de Francia: —«Ah, los bravos, escribían con admiración, qué devoción por la noble causa de los "viets" o de los "fellaghas". Qué actividad despliegan para suministrar armas y dinero a los bravos defensores de la libertad...»—. Reservando sus insultos y su desprecio para los militares franceses tratados de torturadores y de «colonialistas».

Es también una enorme falsedad haber osado escribir que antes del gobierno social-comunista de Mitterrand, la derecha había gobernado en Francia desde hacía 23 años. O, en otro caso, las palabras ya no tienen sentido.

Extraña derecha, en verdad, que apenas entronizada (junio de 1958) llena de nuevo las prisiones de sospechosos, divide al ejército, debilita a la magistratura, fusila y encarcela a los defensores de la Argelia francesa, crea una policía paralela, cuya única finalidad es perseguir a los que no piensan según el «nuevo sentido de la historia», protege las redes comunistas que trabajan en favor de los terroristas argelinos, liquida Argelia y el petróleo del Sahara (cuando la guerra estaba ganada y los fellaghas de rodillas), condena a la ruina y al éxodo a un millón de franceses de pura cepa que, además, son tratados como parias a su llegada a Francia. Mientras que a los *pièds-noirs* les cubren de insultos, abandonados y reducidos a la miseria, el gobierno francés subvenciona generosamente con cientos de miles de millones de francos al nuevo «Estado argelino», que se tambaleó y cayó en el caos, no tardando en convertirse en un satélite ac-

tivo de la URSS, que envió instructores para entrenar al ejército argelino y le suministró material de guerra soviético.

* * *

¿Cómo pudo llegar Francia a ese extremo?

Esto nos lleva a hacer una pequeña digresión histórica que demostrará que este último avatar de una Francia social-comunista no es más que la última consecuencia de los principios heredados de 1789, extraños a las tradiciones de la verdadera Francia que, erigidos en *dogmas* por el régimen republicano, no han cesado, desde esta fecha maléfica, de regir los destinos del país, conduciéndolo por una pendiente fatal (2).

Es un lento proceso de descomposición del alma y de las virtudes francesas que, a lo largo de los años, ha corroído el tejido nacional. La victoria de 1918 fue el último sobresalto de un pueblo noble, envilecido por sus instituciones. Pero este proceso se aceleró en la Francia oficial desde 1880; la podredumbre del régimen se extendía a la luz del día, mientras que los gobiernos se inclinaban, cada vez más a la izquierda, hasta llegar al Frente Popular de 1936, verdadero desastre nacional. «Pan, Paz, Libertad» tal fue la trilogía elegida por León Blum para ilustrar su triunfo... Su loca política nos llevó a la guerra, a la derrota y a la ocupación alemana.

Pero el pueblo francés es superficial y tiene poca memoria. Ya olvidó las peripecias poco gloriosas y el Estado, dueño absoluto de la radio y de la televisión, se ingenia continuamente para hacérselas olvidar.

Y, sin embargo..., el Frente Popular bis (septiembre de 1944-mayo de 1947) no está tan lejano, no se necesita tener la edad de Matusalén para recordarlo.

(2) Francia no ha cesado de declinar desde 1789. Francia era el país más poderoso del mundo bajo Luis XVI: el más próspero y el más rico. Sus ejércitos eran invencibles y su marina la primera. Tenía 27 millones de habitantes y el francés era la lengua universal.

Por eso, el silencio más absoluto envuelve este período calamitoso. No es bueno que el pueblo soberano se despierte de su bienhechor letargo. Nunca se sabe: podría inclinarse hacia el régimen actual o hacia los precedentes. Porque del Frente-Popular es de donde se derivan todos sus males, actuales y anteriores, nuestra decadencia irremediable y la llegada triunfal al poder de la izquierda unida en 1981.

Porque hay un hecho histórico incontestable: el gobierno provisional formado por el General De Gaulle, en septiembre de 1944 y presidido por él, incluye cinco conspicuos comunistas, de los cuales Maurice Thorez, primer desertor de Francia, fue nombrado vicepresidente del Consejo. Lo que permitió al partido comunista, completamente desacreditado, volver a ser todopoderoso. Pudo así instalarse *legalmente* en todas las administraciones públicas, en las empresas recientemente nacionalizadas, como las fábricas Renault, por ejemplo (3), en la prensa estatizada y robada, en los medios católicos obreros y en la enseñanza de los niños. Y, continúan. En 1974 es cuando la CGT se convierte en un apéndice del partido comunista y en un «estado dentro del Estado».

Ni que decir tiene que los gobiernos de «derecha» que se han sucedido se han cuidado mucho de no desalojarlos...

Por esto es por lo que Marchelli, de la Confederación Nacional de Cuadros, declaró a *Le Figaro* hace algunos días que los —«comunistas penetran en profundidad todas las estructuras de la sociedad francesa»—. Tenía razón al decirlo, pero si tuviera valor habría añadido que los partidarios de la III Internacional comenzaron este trabajo de zapa en 1945 y que en 1983 se trata solamente de culminarlo brillantemente.

¿Será necesario recordar que las nacionalizaciones de todas las fuentes de energía, de los grandes bancos, de las sociedades de seguros, de los transportes públicos y de otras empresas florecientes datan de esta época (1944-1947)? Estas nacionalizacio-

(3) Louis Renault, encarcelado en 1944, fue asesinado en su celda por los comunistas.

nes aberrantes han costado y cuestan todavía a los franceses cientos de miles de millones de francos de déficit.

Fue un socialista, Ramadier, quien expulsó a los comunistas del gobierno en 1947. Pero el mal estaba hecho y no hemos terminado de pagar las consecuencias. Porque los diputados comunistas siguieron asentados en el Palais Bourbon y trabajaron bien por su patria muy amada, la URSS. La guerra de Indochina se perdió por su causa y por sus innumerables cómplices: traficantes, turbios financieros, especuladores, contrabandistas, traficantes de armas, políticos ambiciosos, que no solamente amasaron considerables fortunas, sino que proporcionaron al Viet-Minh, salido de la nada, los medios para crear un ejército de 200.000 hombres. El periodista Galtier-Boissière, asqueado de estas ignominias, escribía en 1960 estas pocas líneas en el *Crapouillot*: «Un extraño silencio cubre las rapiñas de los prebendados que amasaron millones con la sangre de 40.000 franceses y 500.000 vietnamitas muertos en la guerra de Indochina». Sin esta monstruosa coalicción, la guerra hubiera terminado en 1948 y el Vietnam no sufriría, desde 1974, muerte y pasión bajo la mano despiadada de los verdugos de Hanoi.

* * *

Volvamos a los años 1974-1981 a fin de recordar algunos hechos olvidados. Valéry Giscard d'Estaing fue elegido «por los pelos» en 1974 frente a su rival Mitterrand gracias a los votos de la derecha nacional católica. Sin embargo, apenas instalado en el Elíseo, no cesó de gobernar contra aquellos que le habían elegido.

El primer gesto simbólico del nuevo Jefe de Estado, y hay que reconocer que fue de muy mal augurio, fue visitar las prisiones, donde Giscard quiso estrechar la mano de los detenidos por delitos comunes. En cuanto a los guardianes, no tuvieron derecho a este trato de favor y Giscard les ignoró completamente.

A continuación se indican los incumplimientos más señalados a la palabra dada:

1. En contra de sus electores, y gracias a los votos de los parlamentarios comunistas y socialistas, legalizó el aborto.

2. En contra de sus electores, favoreció la invasión de Francia por africanos del norte y de otras partes de África.

3. En contra de sus electores, infló el presupuesto de una Seguridad Social cada vez más devoradora (la mitad del presupuesto del Estado).

4. En contra de sus electores, duplicó las subvenciones a las empresas nacionalizadas, verdaderos toneles de Danaídas.

5. En contra de sus electores, favoreció y financió a los sindicatos revolucionarios (CGT y CFDT), dedicándose a reducir y descorazonar a los sindicatos libres.

6. En contra de sus electores, abrió de par en par las puertas del Elíseo a los intelectuales de izquierda como J. P. Sartre, Clavel, B. Lévy, J. Daniel, y recibió con gran pompa a la viuda de Allende, pero cerró sus puertas a A. Soljénitsyn.

8. En contra de sus electores, elevó la «retención obligatoria», arma número uno de la socialización encubierta, del 36 % al 44 %.

A hurtadillas, y con el dinero del contribuyente, subvencionó al periódico *L'Humanité* para que el diario comunista no desapareciera.

Además, la Francia giscardiana fue de los pocos países no comunistas que envió una delegación de atletas a los Juegos Olímpicos de Moscú. Mientras que, algunos meses antes, se prohibió a un equipo de rugby ir a disputar un partido en África del Sur. Y cuando murió el verdugo de la China roja, Mao-Tse-Tung, el presidente Giscard lloró la muerte de un hombre que, a sus ojos, era —«el faro del pensamiento universal» (*sic*)—.

Pero el aspecto más funesto de su septenio fue, sin disputa, el de la legalización de la inmoralidad pública (4). Se elaboraron

(4) El doctor P. Simon, antiguo Gran-Maestre de la Gran Logia de Francia, inspiró toda la política anti-familiar de Giscard. La ley ha hecho obligatoria la «educación sexual en la escuela» mientras que la enseñanza religiosa está prohibida.

las leyes más permisivas para *cambiar la sociedad de arriba abajo* e introducir la más completa licencia de las costumbres. La destrucción de la familia, las facilidades para el divorcio, el quitar importancia a los vicios más vergonzosos, la marea arrolladora de la pornografía, la corrupción de los niños y adolescentes desde los bancos de la escuela, la pérdida legalizada de la autoridad paterna, la prioridad dada al concubinato sobre el matrimonio llegando, en algunos casos, hasta a favorecer los derechos de los hijos ilegítimos respecto a los legítimos, y otras aberraciones de este tipo que han destruido los fundamentos mismos de la sociedad francesa.

La criminalidad y el terrorismo, que no cesan de crecer desde hace veinte años, dieron un gran salto adelante, favorecidos por el nuevo Código penal, tan indulgente para los asesinos, ya que preveía *permisos de salida* concedidos generosamente a estas «víctimas de una sociedad permisiva...». Esta legislación demencial nos vino de Suecia, pues la gran idea de nuestro Giscard nacional era *imponer* a los franceses un socialismo a la sueca que, para él, era el no va más. El bueno de Giscard no había ido nunca a Suecia e ignoraba que el régimen de Olaf Palme era, con el holandés, el que se parecía más al de la URSS, a falta de los gulags. Los suecos o los holandeses no tienen, por otra parte, ninguna necesidad de ellos, puesto que están perfectamente «normalizados». Porque los esclavistas de hoy han realizado lo que los de ayer no habrían ni siquiera soñado: precaverse de cualquier revuelta, llegando a persuadir al esclavo de que es libre.

En resumen, Giscard, mediante sus actos y sus discursos (le gustaba repetir tontamente que hacía una política socialista, y que, en consecuencia, un gobierno socialista no lo haría mejor), preparó la cama al social-comunismo. No quiso escuchar a franceses clarividentes, pertenecientes a la verdadera derecha que detesta, que le repitieron durante seis años que su política iba a provocar el retorno del Frente Popular.

El sueño de Giscard se ha realizado, pero sin él. El pueblo francés está abrumado por un socialismo a lo J. J. Rousseau en lugar de a la sueca. Lo que no es demasiado tranquilizador; las

ideas del padre del «Emile» han causado tantos estragos (5) como las de Karl Marx.

De cualquier modo, con el terreno bien preparado y con la mayor parte del programa de la izquierda realizado por Giscard, los franceses pasaron fácilmente el 10 de mayo de 1981 del socialismo incoloro e indoloro giscardiano al socialismo virulento y agresivo de los jacobinos, cosecha 1981.

Hay que añadir que, durante el período 1974-1981 se estableció un malentendido trágico, que se agravó de año en año, entre el poder y el pueblo, acunado por aquellos que tenían por misión gobernarlo.

Hacia ya más de treinta años que la «Casa Francesa» vivía por encima de sus medios, arrastrando a los particulares hacia un consumo desenfrenado de bienes de todas clases y a despilfarros desorbitados. Si el presidente Giscard hubiese tenido el valor de decir, en 1974: «Atención, la expansión no puede ser indefinida, el tiempo de las vacas gordas ha pasado y entramos en el de las vacas flacas. Va a ser necesario trabajar mucho y ganar menos, porque la concurrencia internacional es despiadada. Va a ser necesario ahorrar porque Francia está endeudada, desnacionalizar todas las empresas deficitarias, suprimir el derecho de huelga en las administraciones públicas, reducir el número de funcionarios (5 millones), desechar la lucha de clases, animar a los patronos reduciendo las cargas sociales que les asfixian, poner fin al clima de guerra civil que envenena la atmósfera desde 1945, restablecer la autoridad y la justicia...». Si el presidente Giscard hubiera dicho todo esto, no estaríamos hoy así. Pero, como todos saben, el valor y la franqueza no casan bien con el dogma democrático.

De este modo, los franceses, domesticados y embrutecidos por los minuciosos reglamentos de una democracia demencial, habituados a que el Estado-Providencia les ayude en todas sus

(6) «Pol Por», el criminal más sanguinario de nuestra época es un producto puro de la Sorbona, tipo 1968, donde estudió a J. J. Rousseau y aplicó sus teorías con los resultados que se conocen...

necesidades, se impregnaron cada vez más de una mentalidad de beneficiados. Acunados por los soporíferos ronroneos de los tenores en el poder, que les prometen la edad de oro para el año 2000, corren alegremente hacia la esclavitud.

* * *

Queda, pues, poco que decir sobre el socialismo triunfante a la francesa. Se parece como un hermano al de Roma, Atenas, Madrid, Lisboa y Estocolmo. Es la utopía en el poder, la frivolidad institucionalizada, la burocracia sacralizada, el cesarismo democrático aplicado en todo su rigor y, al final, el totalitarismo (6).

Es evidente que la llegada de los socialistas al poder en Francia, una vez pasada la corta luna de miel, incitó a escudarse y a un «sálvese el que pueda» generalizado. Si la situación económica no era nada brillante antes de 1981, se ha convertido en catastrófica dos años y seis meses después de esa fecha.

La criminalidad y el terrorismo, las dos plagas que devastaban la sociedad los años precedentes, adquirieron proporciones de desastre nacional. La inseguridad ha llegado a ser absoluta y completa en toda Francia.

La CGT, ya todopoderosa en el mundo del trabajo desde hace 35 años, cuando hacía reinar un terror organizado, se beneficia ahora de una neutralidad activa y cómplice del gobierno actual y toma el control de todo y por todas partes. Prepara el futuro...

La finalidad de la central comunista es destruir las grandes empresas que todavía funcionan. La industria privada automovilística, como Peugeot, Citroën, Talbot, han sido el primer blanco elegido por los marxistas. Desde hace un año mantienen en los talleres un clima de agitación y de inseguridad insoporta-

(6) Paradigma significativo. El alcalde socialista de Lens declaraba en julio de 1981: «Hubiera sido necesario proceder, al día siguiente del 10 de mayo, un poco como en la liberación..., hubiera sido necesario destruir a unos, encarcelar a otros y también fusilar a algunos...».

ble para los obreros franceses que allí trabajan y cuya vida está amenazada por comandos armados (africanos y árabes), que no dudan en herir y molestar a quienes se resisten a sus dictados. Los patronos que quieren defender a sus empresas y a sus obreros y empleados de la tiranía cegetista son zarandeados, insultados, secuestrados, sin que la policía se atreva a intervenir.

No es extraño que en estas condiciones la industria automovilística y otras grandes empresas, como, por ejemplo: Tréfontaines, Péchiney-Ugine, Kulhmann, la SNIAS (aeronáutica) y tantas otras que aún emplean a millares de asalariados, se vean obligadas a licenciar a una parte de su personal.

Esto no impide al jovial Mauroy estar satisfecho de sí mismo: —«La economía francesa se ha comprometido en la vía del saneamiento y de la modernización...»— ha proclamado con suficiencia hace pocos días. No hay ninguna duda de que, cuando todas las fábricas hayan cerrado sus puertas se habrá realizado totalmente el saneamiento.

En cuanto al estado de las finanzas... Con sus quimeras, el gobierno Mitterrand se entregó a liberalidades inconsideradas (nacionalizaciones) y a reformas costosas, funestas e ineficaces, creyendo posible que esta crisis terminaría en 1982. Basaron sus planes en esta absurda hipótesis gastando los beneficios por adelantado.

El poder buscó dinero frenéticamente: primero, entre los «ricos»; después, entre todo el mundo. El único medio de procurárselo fue creando nuevos impuestos. Los contribuyentes, vergonzosamente presionados ya durante los últimos meses, están amenazados por una retención obligatoria del 2 % sobre todas las rentas (salarios, primas, intereses, dividendos, pensiones, etc.) y por el aumento del IVA en el 1 %, lo que tendría el inconveniente de aumentar aún más el coste de vida, que es ya el más alto de Europa.

Bien entendido que no se debe dar ninguna importancia a las cifras adelantadas por el gobierno que se han obtenido, o por hábiles trucajes o por la recesión, por lo que una contabilidad honesta haría aparecer tres millones de desempleados. Y Mitterrand,

que había declarado con soberbia que él no sería el presidente de dos millones de parados. Qué dilema, ¿va a dimitir?

* * *

Los únicos elementos positivos que emergen de este maremoto devastador son: que el pueblo francés, al salir finalmente de su letargo, tome conciencia del peligro que le amenaza y reaccione vigorosamente frente a la empresa de colectivización decidida por los marxistas; y que la pequeña élite extraordinariamente activa y aguerrida que, pese a dejaciones y persecuciones, combate desde hace años los vicios del régimen mediante la pluma, la palabra y el ejemplo, guíe y canalice la aspiración confusa de un pueblo para reencontrar sus orígenes en el tiempo en que una Francia fiel a su misión era la hija primogénita de la Iglesia.

Pero este retorno a las fuentes no se hará sin una conmoción, es preciso no equivocarse. Corremos directamente hacia una guerra civil. Todos los síntomas están a la vista. Los franceses, desgraciadamente, están muy acostumbrados a ello.

N. B.—Para las almas cándidas que se extrañen de que no hagamos ninguna alusión a un posible «recurso» a la oposición para detener la comunización del país, la respuesta es sencilla: la oposición no tiene más consistencia que un ectoplasma, y no hay razón para verla combatir a los comunistas en caso de ataque. Lo que quieren es el poder, y nada más. Las malas compañías no les dan miedo. Hace cuarenta años que, en Francia, el poder flirtea con la URSS y halaga a los dueños del Kremlin.

Por el momento es el presidente del Frente Nacional, J. M. Le Pen, quien más les inquieta a raíz de sus últimos éxitos electorales. Además, estos señores del RPR y de la UDF han comenzado ya sus pequeños guisos habituales en torno a las elecciones europeas que ahora les preocupan enormemente. Y que el barco navegue...

Nota del T.—Este artículo, traducido del francés, se escribió en 1983 como se puede deducir al leer algunos párrafos del mismo. Si se compara el proceso seguido en Francia con el de España, especialmente desde 1975, ¿no se aprecian grandes similitudes entre ellos en muchos aspectos?